

LORRIS MURAIL

DOCE
AÑOS,
SIETE
MESES
Y ONCE
DÍAS

DESTINO

LA ISLA DEL TIEMPO

DOCE AÑOS, SIETE MESES Y ONCE DÍAS

Traducción de Núria Artigas

LORRIS MURAIL

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2016
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Douze ans, sept mois et onze jours*
© 2015, ediciones Pocket Jeunesse, departamento de Univers Poche, París, Francia, para la presente edición.
© de la traducción, Núria Artigas Bellsollell, 2016

© Editorial Planeta S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: octubre de 2016
ISBN: 978-84-08-16153-0
Depósito legal: B. 16.941-2016
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917 021 970 / 932 720 447.

Doce años, siete meses y tres días

Cuando uno espera lo peor, no puede sorprenderse ni decepcionarse. Sin embargo, Jack notaba cómo le subía la cólera hasta el cerebro. El chaval era un cero a la izquierda, lo sospechaba, pero el espectáculo al que asistía desde hacía veinte minutos le mostraba otra cosa que le costaba tolerar. Para llegar a ser tan malo, tenía que hacerlo a propósito. Cuando una pelota se dirigía hacia su posición, Walden casi ni levantaba los brazos. Si tenía que correr a toda pastilla de una base a otra, se limitaba a trotar y parecía que estuviera buscando el camino. En ese momento se dirigía hacia la caja de bateo, cabizbajo, arrastrando el bate como un prisionero condenado a trabajos forzados lo haría con la bola al final de la cadena.

Y es que ahora le tocaba a él. Walden fingió adoptar la posición, tensar los músculos y estar concentrado, dispuesto a golpear. El lanzador no se preocupó ni de fintar, ni tan

siquiera de variar las trayectorias. Tres veces su pelota pasó por debajo de la nariz del chico, que ni siquiera esbozó un gesto. Bueno, sí, la tercera vez intentó probar suerte batiendo el aire al azar. Incluso puede que hubiera cerrado los ojos. Tres bolas, treinta segundos, y Walden estaba eliminado. Por desgracia, los demás no lo necesitaban para seguir con el partido. Jack todavía tendría que esperar un rato.

Para matar el tiempo y calmar su irritación, Jack observó a esos que, igual que él, esperaban tras el bordillo, en el límite del campo. Los padres eran sobre todo hombres. Algunos se ponían nerviosos y animaban a su prole gritando fuerte, vitoreaban un golpe seguro bien asestado o una bola capturada con una mano firme. Había incluso alguna chavala robusta que sabía manejar el bate. Jack evitaba las miradas de esos padres llenos de orgullo. Tenía demasiado miedo de que le dijeran: «Y su hijo, ¿quién es?».

«Sí, es ese de ahí. El flacucho que corre con los pies hacia dentro y que parece creer que su bate es un bastón para caminar.»

Exageraba. Walden no era un flacucho, en realidad. Simplemente, el béisbol le daba absolutamente igual. Tampoco mostraba más entusiasmo bajo una canasta de baloncesto o ante una pista de patinaje. A Walden no le gustaba el deporte ni el esfuerzo físico. Incluso el tiro lo aburría (un ejercicio que, sin embargo, no se le daba nada mal, cuando quería). Prefería sus libros, sus maquetas de aviones o sus sobres de plastilina. El año anterior, Jack lo sorprendió incluso jogan-

do con sus dinosaurios de plástico. De modo que Walden tenía que comprender algunas cosas, ¡y de prisa!

Jack se preguntó con una inquietud repentina si su hijo estaba en condiciones de enfrentarse a lo que le había preparado. A decir verdad, sospechaba conocer la respuesta. Pero había reflexionado mucho sobre eso. Su solución presentaba algunos inconvenientes, era verdad, grandes inconvenientes, pero también comportaba un importante y enorme provecho: Walden, estaba convencido de ello, maduraría con esa prueba. Si todo iba bien, al terminar esa historia, Walden sería todo un hombre.

Con una mirada le bastó para recuperar la confianza. El partido había terminado por fin y Walden se dirigía hacia el edificio de una planta situado al borde del campo. Tenía que ducharse y recoger sus cosas, así que todavía debía esperar unos minutos más. Walden iba solo, enfrascado en sus pensamientos, sin ser consciente de su pertenencia a un equipo.

—Bueno —murmuró para sí—, como te gusta la soledad, me parece que te vas a hartar.

Con la bolsa en el hombro, el bate bajo el brazo y el guante colgando de la cintura, a Walden todavía le chorreaba el pelo aplastado por el agua caliente. Tenía en los labios una sonrisa insegura, puesto que su padre ya lo había avisado esa misma mañana de que lo esperaba después del partido, aunque ignoraba qué era lo que merecía tal honor.

—¿Estás orgulloso de ti mismo? —le preguntó Jack.

—Bastante.

—¿De verdad?

—Hemos ganado. Vaya, eso creo.

—Como mínimo podrías saber contar. Por ahí. —Le señaló el camino.

—¿Adónde vamos?

—Sorpresa...

El coche estaba aparcado de través al pie de un árbol. Walden lanzó su bolsa en el asiento de atrás y se sentó al lado de su padre.

—¿No volvemos a casa?

—No.

Walden intentaba adivinarlo, y probó con una pregunta:

—¿Me llevas al palomar?

Diversas hipótesis le habían cruzado el pensamiento, y Walden había elegido la que lo aburría menos. Las pasiones de Jack Stephenson le eran conocidas, eran más bien pocas y, según su gusto, nada seductoras. Así pues, más valía el palomar que una vuelta por el puesto de tiro o dos horas en una butaca del cine Harbor East de Landmark. El año anterior, por su culpa, su padre no había podido asistir a la sesión de *G.I. Joe: Retaliation*. Walden solo tenía once años, dos menos que la edad permitida para asistir a ese baño de sangre. Jack no se enfadó tanto como el chico había temido. No le gustaban nada esas pelis malas modernas (incluso Bruce Willis lo dejaba impasible). Fiel a su Impala SS, fiel a sus Orioles, Stephenson padre también lo era al cine de otra época. Le encantaba John Wayne con su Stetson, es decir, los antiguos filmes de vaqueros, la caballería, masacres de in-

dios y paisajes rocosos. Por encima de todo, le encantaba el sonido y el humo de la pólvora.

—No, hoy no.

—¿No vamos al palomar?

—Que te digo que no.

No valía la pena soñar. Jack no iba a llevarlo ni a la biblioteca de Enoch Pratt ni al Cylburn Arboretum, a sus jardines y sus colecciones de historia natural. Además, no se dirigía hacia el centro de la ciudad.

—¿Adónde vamos, pues? ¿Vamos a ver a alguien? ¿A mamá? No, a mamá, no.

—Acostúmbrate a no hacer preguntas, Walden. Dentro de poco ya no habrá nadie que pueda responderte.

—¿Por qué? ¿Por qué no vas a responderme?

—Porque dentro de poco eso me cansará. Tenemos muchas horas de camino por delante.

Walden no tenía un sentido de la orientación demasiado desarrollado, pero conocía lo suficiente su ciudad como para saber que el coche se dirigía hacia el norte. ¿Varias horas al norte?

—Estás de broma. Allí arriba está Canadá.

—Nos detendremos antes.

Antes había todo tipo de estados: Pennsylvania o Vermont, por ejemplo. O incluso...

—¿No vamos a Nueva York? Eso sería emocionante.

—Vamos mucho más lejos.

—Pero ¿nos quedamos en Estados Unidos?

—Sí.

—Me doy por vencido.

—No es una adivinanza.

Jack aceleró, pegado al cuero del respaldo. Como era habitual, conducía demasiado deprisa. La conversación, por el momento, había terminado.

Walden intentó interesarse por lo que veía a través de los cristales del coche, pero no había nada más que contemplar que los raudales de coches y las cintas de macadán gris. Entonces sacó de un bolsillo el pequeño cubo de Rubik que colgaba de su llavero. Al cabo de un momento, Jack, al que irritaba el tintineo, le preguntó:

—¿Va a durar mucho, eso?

Walden sonrió.

—Parece ser que hay más de cuarenta billones de combinaciones.

—¿En serio? ¿Y tienes la intención de probarlas todas?

—Tendría que vivir por lo menos cien veces más que el universo después del Big Bang —replicó Walden— para poder hacerlo.

Jack reflexionó un momento. Este chaval no estaba demasiado dotado para nada pero tenía unas salidas que lo dejaban pasmado. Lo que pasaba era que, a priori, esas habilidades no le serían de ninguna utilidad allá adonde iban. Ni más tarde. Bueno, nunca se sabía.

—Intenta terminar antes del Big Crunch, ¿vale?, porque empiezan a zumbarme los oídos.

—¡Toma ya! Lo he conseguido.

—¡Genial! No pensaba que el universo fuera a dejarnos con tanta rapidez.

Walden empezó a girar los pequeños cubos en todos los sentidos con rápidos golpes de muñeca, pero renunció a empezar una nueva partida.

—El problema —gruñó— es que tu ruta también parece que vaya a durar millones de kilómetros.

—Ahora pararemos —anunció Jack.

Nada fascinante a la vista. Un cruce corto, un área de aparcamiento y una caseta amarillenta con el techo de plancha ondulada llena de máquinas expendedoras: bebidas, cigarrillos, chucherías...

—Ve —le dijo Jack—, coge todo lo que quieras. No escatimes. Atibórrate de azúcar.

Había pescado un puñado de monedas del bolsillo de su parka. De pie, sin alejarse de su Chevrolet, esperó a que Walden terminara sus compras: barras de cereales, bolsas de chuches y de patatas y una botella de gaseosa con sabor a naranja. Lo animaba con sus gestos, con la mirada fija en el sol, que parecía hacerse más grande en el horizonte.

—Tenemos suerte. Debería seguir haciendo buen tiempo. Es el verano indio, hijo.

Para estar a mediados de octubre, efectivamente, reinaba una calidez sorprendente.

—¿Dónde estamos, papá?

—Entre aquí y allí.

—No, en serio.

—Bueno, supongo que llevamos bastantes kilómetros conduciendo por el estado de Maine.

Walden volvió a sentarse en su asiento y empezó a abrir el envoltorio de una barra de cereales con sabor a manzana.

—¿Y qué hay, en Maine?

—Por lo que recuerdo: bosques, bogavantes, vampiros y brujas.

—¿Y allá adonde vamos?

—Ni vampiros ni brujas, espero.

—Estoy dispuesto a comer bogavantes, papá.

—Los bogavantes los encuentras cerca del mar. Y me parece que tampoco es que no haya en Baltimore.

Todavía viajaron cerca de dos horas más y nada dejaba entrever que se acercaran al mar. Jack redujo la marcha con brusquedad y se paró al lado de un talud, en la cuneta de una carretera más pequeña. Tenía algo en la mano: una cinta negra.

—Date la vuelta. Y no te muevas de donde estás.

—¿Qué haces? ¿Qué haces?

—Que no te muevas, te digo.

Jack había colocado la cinta sobre los ojos de su hijo y se disponía a anudarla.

—Papá, ¡estás majara!

De un sopapo, Jack hundió la cabeza del chico entre los hombros.

El coche avanzaba otra vez y Walden ya no veía nada. Tenía ganas de levantar las manos, ni que fuera para pasar los dedos por la cinta tras la que notaba que se extendían las

lágrimas; pero cada vez que se movía, su padre emitía un carraspeo con la garganta más que disuasivo.

—¿Qué hay de especial en Maine? ¿Por qué no quieres que lo vea? ¿Qué he hecho, papá?

—Para de sorberte los mocos, Walden; es asqueroso.

—Pero ¿por qué?

—Y deja de hacer preguntas. Más o menos ignoras el mismo número de cosas que combinaciones hay para esa mierdecita de cubo.

Walden permaneció en silencio durante uno o dos minutos antes de volver a tentar su suerte una vez más.

—¿Qué, por ejemplo? ¿Qué es lo que ignoro?

—Tú no sabes nada. A veces pienso que si fueras un perrito faldero tendríamos que explicarte por qué te llamamos «faldero».

Eso dejó a Walden pensativo durante un largo momento. Era un chico metódico, al que le gustaban las ciencias y la lógica. Así pues, empezó preguntándose por qué razón iba a ser un perrito faldero. Luego se dijo que tal vez su padre no había pronunciado esa frase por casualidad. E intentó comprender lo que podía significar en su pensamiento. ¿Era una alusión a...?

—¿Papá?

—¿Cariño?

—¿Por qué me llamo así? Walden.

Como tenía los ojos tapados, Walden no pudo ver la expresión de su padre. Pero oyó ese familiar chasquido de los dedos mediante el que Jack Stephenson solía manifestar su

satisfacción. Y si se tenía en cuenta que había necesitado soltar el volante para hacer eso (como mínimo con una mano)...

—No te hagas el tonto —dijo la voz de Jack—. Supongo que estás perfectamente al corriente.

—Es por el libro, ¿verdad?

—¡Ah! ¿Lo ves...?

—Siempre me has dicho que no era nada interesante para un chico de mi edad.

—Pues bien, quizá haya llegado la hora. Ahora aprieta los dientes, que nos menearemos un poco.

El Chevrolet Impala SS todavía tenía brío y su motor funcionaba bien, pero, a pesar de varias estancias en el garaje, desde hacía tiempo presentaba cierta debilidad en los amortiguadores y la suspensión. A Walden le sorprendió la violencia de los botes y sobresaltos.

—¡Eh! ¿Vamos campo a través?

—Concéntrate, Walden. Intenta comprender lo que sientes.

—Bueno, es como tú has dicho: nos meneamos. ¿Ya me puedo quitar la cinta?

—Todavía no. ¿Y aparte de eso?, ¿aparte de que brincamos un poco?

Walden sofocó un grito. Acababan de dar un salto que lo hizo levantarse del asiento.

—Me parece que hace más frío —dijo—. ¿Estamos a punto de llegar a Canadá?

—Buena observación, mala conclusión. Por otro lado, ya te he respondido con respecto a Canadá.

—¿Es de noche?

Walden ya no aguantaba más. Sus manos iban a arrancar esa cinta negra, nada iba a impedirselo. Tenía que hacerlo a toda costa, incluso a riesgo de exponerse a las iras paternas.

—El día se acaba, cierto, pero no es eso lo que sientes.

El chico percibió cerca de su oído el sonido característico de la ventanilla que bajaba. Le llegó una bocanada de aire fresco, húmedo y aromático. Era...

—Parece hierba mojada.

—Estás muy cerca ya. ¡Cuidado!

El coche se sacudió. Jack condujo a partir de entonces más despacio y Walden notó el vigor de sus esfuerzos al frenar. El camino parecía una *gymkhana*.

—Papá, tengo náuseas.

—Contrólate, Walden.

Ahora Walden tenía la sensación de cruzar un túnel en un tren fantasma. El pesado coche se zarandeaba, subía y bajaba. A veces, un golpe lo hacía estremecer. Todo eso con un ruido incesante, chirridos y crujidos. Y el negro; se había impuesto un negro angustiante. Durante mucho rato, Walden había percibido la luz a pesar de la cinta. Esa claridad había desaparecido.

—Es de noche —gimió—. Ya es de noche.

—Me hubiera gustado llegar antes —respondió Jack—. Ha sido ese partido infernal que no terminaba nunca. Aunque viendo tu papel destacado, podríamos haber abreviado, me parece.

—Papá, por favor.

—De acuerdo. Quítatela.

Walden parpadeó. Incluso sin la cinta no veía nada. Su padre conducía con los faros del coche apagados, en la penumbra de un bosque ya oscurecido por la caída del día, y seguía entre los grandes árboles una pista salpicada de piedras, ramas muertas y baches a la que de vez en cuando bloqueaba el paso un torrente lodoso.

—¿Nos hemos perdido?

El chico tuvo la sensación de haber dicho una barbaridad. En su pensamiento, Jack era como las palomas que criaba junto a Chen, ese tipo raro y taciturno que se las daba de medio indio, medio chino. Jack, pensaba, no podía perderse, Jack tenía una brújula en vez de un cerebro.

—El bosque solo cubre el ochenta por ciento del estado de Maine —respondió Jack—. ¿Por qué debería tener algún problema?

—¿Qué hacemos aquí, papá?

Le temblaba la voz y eso le dio rabia. Por casualidad, el Impala saltó como un cabrito, bueno, como el antílope al que debía su nombre, y no hizo falta más para que entrechocaran sus molares. Las apariencias estaban salvadas.

—¿No crees que verías mejor si encendieras los faros?

El motor retumbó. Ascendían por una colina. A continuación encontraron un monte alto con muchos pinos blancos cuyas copas se diluían en un mar de tinta. En cualquier instante, Walden esperaba el choque fatal. Pensó en los niños de los cuentos, a los que se llevaban al corazón del bos-

que profundo para abandonarlos allí. Jack pronunció una frase cuyo sentido no pudo captar:

—Si nos perdemos nosotros mismos, ¿qué podemos decir de los demás?

Pero añadió enseguida:

—Todo controlado. Tengo mis puntos de referencia.

—Me gustaría entender cómo te las apañas para poder ver algo.

—¡Ya está! —anunció Jack triunfante.

Walden abrió unos ojos como platos. Aparentemente, la excursión interminable llegaba a su fin. Jack detuvo el coche a la salida de un camino invadido por ramas bajas. Allí se adivinaba un claro y, en medio, una cabaña.

—Te había prometido un tres estrellas, ¿verdad? Coge tus cosas.

El propio Jack extrajo una linterna de mano del embrollo que abarrotaba la guantera y luego se agachó para coger algo de debajo de su asiento. Walden vio que era una carabina.

Avanzaron en silencio hasta la cabaña de troncos sin descortezar, enormes en la parte baja y de tamaño más reducido por debajo del entablillado que componía el tejado. Jack barrió el pequeño edificio con un haz de luz antes de levantar el pestillo y empujar con el pie la puerta, que no estaba cerrada con llave. Tendió la linterna a Walden.

—Ilumíname y fíjate bien. Tienes que aprender esto como mínimo. Es la base.

La chimenea, cuyo hogar estaba dominado por un cono elevado de madera ennegrecida, ocupaba casi una cuarta

parte de la superficie de la cabaña. Una marmita embadurnada de hollín estaba suspendida por encima de una gruesa colchoneta de cenizas. Jack hizo bascular la tapa de un cofre enorme y extrajo unos troncos que dispuso como los palos de una tienda, con gestos lentos, para que Walden observara y tomara buena nota de cómo hacerlo: levantados y apoyados unos contra otros. Entonces le bastó con un puñado de ramitas, una bola de papel y una cerilla.

—Apaga eso. No gastes pilas.

Un minuto más tarde, la fogata daba una bonita claridad a la cabaña. Todo en ella era de madera, el suelo reluciente por el desgaste, los dos taburetes, la encimera de la mesa pegada contra una pared y que había que plegar. Había muy poca cosa.

Jack salió y volvió a entrar con una garrafa de agua y una bolsa donde se amontonaban unas cuantas latas. Se había puesto en la cabeza el viejo Stetson que tanto le gustaba, su sombrero de vaquero. La carabina descansaba contra un muro, con la culata apoyada en el suelo.

—Hay que abrirla antes, mira. Si no, explota.

Dejó la lata entreabierta en el fondo de la marmita después de haber añadido unos centímetros de agua. Walden lo observaba con estupor. Mantenía su bate de béisbol apretado contra el pecho y los dientes le entrechocaban, como si no se hubiera bajado del coche en movimiento.

Jack rebuscaba en el cofre, que tenía varios compartimentos. Al cabo de un momento dio con ello: dos cucharas de hojalata.

—Espero que no te importe que comamos directamente en la lata los dos.

Walden hubiera querido contestarle que no, por supuesto que no, pero no pudo reprimir una pequeña mueca de asco.

—De acuerdo. Espera.

Jack volvió al cofre y esta vez cogió dos escudillas de corteza de abedul. La mirada de Walden no lo había seguido, ya que estaba contemplando la cama: un colchón fino, poco más que una estera, y una colcha encima de una tabla de madera empotrada en un rincón, a la izquierda de la chimenea, casi debajo de la única ventana. Prefería compartir la lata con la cuchara.

—Te preguntas qué hacemos aquí, ¿verdad? Y por qué no allí.

—¿Dónde?

—¡Allí!

Stephenson se agachó para recoger la parka que había lanzado al suelo, a los pies de su taburete. No se quitó el sombrero para comer, se limitó a inclinarlo un poco hacia atrás. El libro estaba metido en uno de los grandes bolsillos de la chaqueta, con las hojas dobladas, ajado, indicado, a modo de marcapáginas, por una serie de tiras de papel estrechas. *Walden*.

—Ahora se llama solo *Walden* —dijo Jack—. El primer título era *Walden o la vida en los bosques*. Ese era mejor, me parece.

Y el autor se llamaba Henry David Thoreau. Walden ya

sabía todo eso. Thoreau era un poco como el hada que se había inclinado encima de su cuna para trazar una señal en la frente del recién nacido. Aparte de eso, Thoreau era una especie de filósofo, muerto hacía más de siglo y medio.

—Por si no lo sabías, Walden es un nombre de lugar. Para ser más exactos, el de un estanque. Thoreau se instaló cerca de ese estanque y construyó una cabaña. Se quedó viviendo allí dos años. Ahora te explicaré por qué estamos aquí, en este claro, y no allí, cerca del estanque. Hoy en día, la cabaña de Thoreau solo es buena para ilustrar los folletos publicitarios. Turísticos, si lo prefieres. Un lugar de peregrinación, si se quiere. Todo lo contrario a un rincón tranquilo. Está lleno de puestos de patatas fritas, sorbetes, refrescos y demás.

Walden sintió la necesidad de decir algo.

—¿Su cabaña se parecía a esta?

—Él la levantó con sus propias manos. Thoreau consideraba que cada hombre debe ser capaz de construir su propia casa. Pensaba que eso era más importante que estudiar en las universidades, por ejemplo. Pero él no era ni leñador, ni albañil, ni arquitecto. Su choza tenía goteras por todos lados. Seguro que pasó un frío del carajo, si quieres que te diga la verdad. Pero al tío le daba igual, porque era capaz de pasarse horas tumbado encima del hielo del estanque para observar las burbujas de aire. Era un sabio.

—De acuerdo.

Luego Walden quiso hacer una broma.

—Pero nosotros no nos quedaremos aquí durante dos años, ¿verdad?

—Eso te convertiría en un hombre. Te lo pasarías en grande, ¿no te parece? ¿Qué se necesita para ser un hombre, hijo?

Walden se sabía la respuesta de memoria. La repitió con un tono dócil:

—Saber disparar, conducir, bailar, nadar, haber besado a una chica, haber completado un *home run*...

—¿Y tú por dónde vas?

—Sé disparar. Y nadar. No lo hago mal.

Walden estuvo a punto de vacilar un poco. Su padre lo había sorprendido más de una vez charlando por encima del murete con Gemma, la hija de los vecinos. ¿Cómo podía saber si la había besado alguna vez? Pero no lo hizo. Jack era capaz de pedirle que describiera sus impresiones. Y de eso Walden ya no se sentía capaz.

—Solo tengo doce años —protestó con una voz que hubiera querido que sonara menos lastimera—. Todavía no puedo conducir.

—Has olvidado algo. Haber cogido una borrachera. No se es un hombre hasta que has pillado una buena cogorza.

—Siempre me has prohibido beber.

—Ya te diré cuándo hacerlo. Cuando tenga la impresión de que empiezas a convertirte en un hombre, yo mismo te traeré una botella. Por cierto, no tienes doce años.

—Bueno, no.

—Tienes que aprender a ser preciso. ¿Qué edad tienes?

Walden puso los ojos en blanco, para indicar que ese juego le parecía tonto.

—Es mi culpa —estuvo de acuerdo Jack—. Yo he sido el primero en mostrarme impreciso. Mira, Thoreau no se quedó en su cabaña durante dos años, sino durante dos años, dos meses y dos días. ¿Qué edad tienes?

—Pues ¡doce años!

—Doce años, siete meses y tres días. El jueves de la semana que viene tendrás dos años, siete meses y once días. Créeme, eso es importante. Más que importante.

—Pues yo no veo que eso vaya a cambiar nada.

—Eso lo cambia todo. Si supieras más de béisbol, comprenderías esas cosas. Un centímetro a la derecha o a la izquierda y, tal vez, eso lo cambie todo. Pero a ti solo te interesan tus maquetas de madera de balsa y tus dinosaurios de plástico.

—Mis maquetas están hechas al milímetro, no al centímetro —replicó Walden.

—Doce años, siete meses y once días, Walden. Grábatelo en la cabeza. Doce años. Siete meses. Once días.

Los dos sumergieron en silencio su cuchara de hojalata en la escudilla de corteza. Jack había repartido equitativamente el contenido de la lata, en la que se mezclaban alubias y trozos de salchicha en una espesa salsa de tomate. Aquella plasta todavía estaba compacta y el baño maría apenas la había calentado. La mirada de Walden no paraba de dirigirse hacia el lecho demasiado estrecho, contra el muro de troncos, cerca de la gran chimenea cónica.

—¿Eso es lo que te preocupa?

—No hay sitio para dos, papá.

—Si nos apretujamos lo habrá.

—Quizá...

—¿Qué quieres? ¿Que lo echemos a suertes?

—Tú roncas, además —refunfuñó Walden—. Y con las alubias...

—¿Qué?

—Nada.

Jack se tragó una punta de salchicha fría. Estaba sentado de su manera habitual, un poco encorvado, con un hombro más alto que el otro. La luz le daba de lleno, le esculpía el rostro y por momentos confería un aspecto inquietante a sus ojos ensombrecidos por el Stetson. Walden estaba de espaldas a la fogata.

—Te preocupas por nada. La cama es para ti. Todo es para ti, aquí.

Jack se agachó para recoger un segundo librito, que estaba encima de su parka. Walden ni siquiera vio de dónde lo había sacado. Decepcionado, constató que el autor era el mismo: Thoreau. La obra se titulaba *Los bosques de Maine*.

—¿Cuánto tiempo se quedó, esta vez? —preguntó Walden.

—Se trata de una expedición. Te será útil porque la llevó a cabo mucho más cerca del sitio donde nos encontramos que del estanque de Walden. Creo que la naturaleza ha mantenido su carácter salvaje, por aquí. Seguramente a nuestro alrededor haya árboles que ya existían en tiempos de Thoreau.

—¿Tú crees que todavía hay dinosaurios?

—Cuento contigo para que me lo enseñes. Tú eres el especialista, después de todo.

Jack se levantó, derribando su taburete al hacerlo. La lata de alubias con salchichas había dado todo lo que podía de sí.

—Todavía tengo que sacar cosas del coche —anunció.

Hizo dos viajes y volvió cada vez con los brazos cargados, entre otras cosas, con un rodillo de cuerda, un cuchillo de caza y un misterioso paquete cubierto con un gran trapo. También siguió explorando el cofre, al que llamaba «la cueva de Alí Babá», pero que sin embargo no contenía gran cosa, ni nada demasiado apasionante (un hacha, una biblia, piezas de vajilla...).

—¡Ahí está! Hilo de pesca. Un hallazgo maravilloso.

—¡Habíamos olvidado una cosa! —exclamó Walden—. Pescar un lucio de más de un kilo.

Saber disparar, nadar, bailar, conducir, haber besado a una chica, etcétera. Y haber pescado un lucio de más de un kilo.

—*Korreet!* —confirmó Jack simulando el acento alemán como cada vez que decía esa palabra.

Además de los westerns, a Jack Stephenson le encantaban los filmes en los que los jovencitos del país se embarcaban con destino a Europa para romperles las narices a los nazis.

—¿Nos instalaremos aquí mucho tiempo? —preguntó Walden.

—El lago no queda muy lejos, menos de un kilómetro

hacia el norte, no más. Y allí hay montones de lucios. No nos falta nada cuando sabemos adaptarnos. Mira.

El señor Stephenson había garabateado un plano en una hoja de papel cuadriculado. Se acercaron el uno al otro para examinar los esquemáticos trazos, de modo que sus narices casi se rozaban. Los troncos puestos en forma de tipi se habían derrumbado y en las brasas ya no quedaban más que llamas bajas que alumbraban más bien poco.

—Aquí está el claro con la cabaña, y allí el lago. Hay toda una serie de ellos: lagos, estanques, rápidos, ríos... Es como una cadena interminable. Más lejos están las montañas. Si no, hay bosque. Ahora, observa bien esta raya. Es el límite.

—¿El límite de qué?

—El tuyo. El que no hay que rebasar nunca, bajo ningún pretexto. Ocurra lo que ocurra, no deberás superarlo. Nunca. ¿Estamos de acuerdo?

Jack la había trazado al azar, pero eso no lo precisó.

—¿Qué hay que sea tan terrible al otro lado?

—¿Al otro lado? Pues bueno... nada, supongo. Se trata de tu territorio y no debes salir de él, eso es todo. Si fueras menos malo jugando a béisbol sabrías lo que es una base y estar a salvo.

—De acuerdo, ya veo.

—Mientras te encuentres en el interior de tu territorio estarás a salvo, quiero decir seguro. Y quiero que estés seguro.

Por primera vez desde hacía horas, Jack Stephenson se dejó ir y dijo en un tono casi sentimental:

—Esto que hago es por ti, para que estés seguro. Deberás permanecer alejado de extraños, ¿de acuerdo, Walden? Eso es importante, muy importante.

Y Jack empujó las escudillas para vaciar encima de la superficie desgastada de la mesa una caja de cartuchos. Los seleccionó con la punta del dedo y los contó.

—Doce para ti, doce para mí. Me parece justo —dijo volviendo a meter los suyos en la caja.

—¿Vamos a matar a alguien, papá? No, es broma. ¿Son para cazar?

Por fin Walden lo comprendía: Jack había decidido iniciarlo en la caza. Una cuestión de hombres, sin duda.

—Y matar a un hombre —añadió entre risitas.

—¿Qué?

—Un día te oí decir eso. Uno no era un hombre de verdad hasta que mataba a alguien. ¿Tú has matado a alguien, papá?

Jack se sobresaltó.

—Seguro que soñabas. O puede que yo estuviera bebido. Si alguna vez me oyes repetir una tontería como esa, Walden, hazme el favor de recordarme que no se bromea con cosas así.

—Como quieras.

—Solo hay que utilizar esta carabina si no se puede evitar. Existen casos en los que es inevitable.

Jack se había alejado para dar un vistazo a su móvil. Walden vio que tecleaba algo. Siempre lo cogía como si estuviera empuñando alguna cosa, porque se empecinaba

en utilizar los pulgares, que eran demasiado grandes. Tal vez su padre quería saber el resultado del partido de los Orioles. Walden interpretó su mueca como una señal desfavorable. A él le daba absolutamente igual el equipo de Baltimore, e incluso a veces se había alegrado en secreto de alguna derrota de los héroes de la ciudad, pero también sabía que cada revés siempre iba seguido de una noche insoportable en casa. Cuando los Orioles eran víctimas de una paliza, Walden ya sabía que le caería la bronca de un momento a otro.

Como por milagro, mientras pensaba en los Orioles, que deben su nombre a un pequeño gorrión naranja y negro, oyó una especie de pío de ave, o más bien como un arrullo (en realidad no tenía nada que ver con el dulce silbido del oriol). Su mirada cayó en el paquete cubierto por un trapo y cuya forma evocaba la de una jaula.

—Sí —dijo Jack—, tengo que darte instrucciones al respecto.

Apartó la tela, y Walden tuvo la satisfacción de constatar que había dado en el clavo. Era una jaula, y dentro había una paloma.

—¿Recuerdas lo que hicimos con Chen el mes pasado?

—¿La anilla?

—*Korrect!* Pues bien, ¿puedes decirme lo que has aprendido?

—Que deben figurar en ella el nombre y la dirección del propietario.

—¿Qué más?

—Que una buena voladora puede recorrer mil kilómetros en un día para volver a su palomar.

—¿En las condiciones que sean?

—No. Hay que dejarla en una zona despejada, con buen tiempo, para que pueda orientarse gracias al sol.

—¿Y por qué tiene tanta prisa en volver?

—Porque su mujer lo espera.

Jack estalló en una carcajada.

—Tiene mucha suerte.

Hacía más de dos años que Lisbeth, la madre de Walden, no había vuelto a aparecer por casa de los Stephenson. El chico había tardado meses en eliminar de sus pesadillas la voz de Jack gritando en la habitación contigua cuando discutían antes de la separación. Lisbeth, por lo que él sabía, vivía desde entonces con un pseudodiplomático peruano. Lejos.

—Sabrías hacerlo, ¿verdad, hijo? ¿Sabrías dejar esta paloma en las condiciones adecuadas?

—Creo que sí.

—Pero lo principal es el mensaje, ¿a que sí?

Jack dejó encima de la mesa una cajita de papel de liar cigarrillos.

—Chen te ha mostrado cómo proceder, ¿no?

—Dijo que lo mejor era pegar el colombograma bajo un ala o bajo la cola. Es mejor que en la pata.

—Recuerdas la palabra, eso está bien. Te gustan las palabras, Walden. Pero recuerda también que un colombograma no es una novela. Y esta paloma es solo un fusil de un único

cañón, en cierto modo. Breve, el mensaje tiene que ser breve, y solo debes soltar la paloma en caso de urgencia, de extrema urgencia.

—Yo creía que eso se hacía para ganar concursos.

—Olvida los concursos. Ahora no estamos hablando de colombofilia, sino de tu situación.

Walden asintió con la cabeza y luego preguntó:

—¿Y cuál es mi situación, papá?

—Bueno, la situación de alguien que podría encontrarse en algún caso de extrema urgencia y que solo tendrá una paloma a su disposición. Si liberas a nuestro mensajero, Chen recibirá tu mensaje unas horas más tarde.

Walden echó una mirada circular a la cabaña de troncos, buscando lo que se le debía de haber escapado. Con voz temblorosa, preguntó:

—¿Quieres decir que podría perderme? ¿Perderme en el bosque? Yo prefiero que cacemos juntos, papá.

—No le pidas demasiado a esta paloma. Si te pierdes en el bosque, no irá a buscarte.

Ya casi no había luz dentro de la cabaña, y esa imagen de un paseo por el bosque oscuro no era difícil de evocar. Jack sacó del cofre un quinqué y una botella de petróleo que mostró de modo triunfal, como si acabara de verlos en ese mismo instante (de hecho, había mantenido el hallazgo para el final).

—Tienes suerte. Podrás tener luz. Tú que tienes un miedo atroz a la oscuridad.

Jack hablaba con frases cortas, que separaba entre sí como si cada una guardara una información crucial.